

"Como jadea el ciervo tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de Ti, mi Dios" (Sal.42-1).

El salmista quiso en este verso expresar dos ideas: por un lado el ansia que el hombre que ya se ha entregado definitivamente a Dios tiene de reunirse con El, Bien puro, porque ya nada existe que pueda satisfacerlo fuera de El.

Por otro lado, es una forma muy poética de figurar cuál es la fuente de la que mana como venero inagotable toda la gracia, toda la santidad, toda la Vida sobrenatural de la que el hombre necesita ansiosamente mientras corre en busca de su felicidad.

Por eso el salmista continúa (2): "Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios?"

Esta pregunta halla respuesta en el pasaje de la samaritana, y ahí, de manera abierta podemos escuchar a Cristo que nos dice: "Si conocieras el don de Dios, y Quién es el que te dice: 'Dame de beber', tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva." (Jn.4,10)

Más adelante, Jesús explica: "Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que Yo le dé no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna."(Jn.4,13-14)

CRISTO ES LA PLENITUD DE QUE TODOS RECIBIMOS.

Y sus palabras se realizarón: por su pasión, muerte, y resurrección alcanzó para todos los hombres la gracia, y por El obtuvimos del Padre junto con el perdón la Vida: "Yo soy el pan de la vida. El que venga a Mí, no tendrá hambre, y el que crea en Mí, no tendrá nunca sed." (Jn.6,35)

De este modo quiso el Padre realizar su designio salvífico: a través de su Hijo, quien no sólo pagó nuestra deuda en la cruz, sino que "Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la Plenitud, y reconciliar por El y para El todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos." (Col.1,19-20)

De las palabras de San Pablo que ya antes contemplamos: "...vosotros alcanzáis la plenitud en El, que es la Cabeza de todo Principado y de toda Potestad"; de estas palabras se refleja la voluntad del Padre que quiso que su Hijo asumiera nuestra naturaleza humana para que, al hacerse uno de nosotros, al hacerse partícipe El de nuestra naturaleza, también nosotros pudiéramos hacernos partícipes de su plenitud, y de su divina naturaleza; y así nos dice San Pedro: "...nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hiciérais partícipes

ue la naturaleza divina..." (2 Pe.,1,4)

Ahora bien, si participamos con Cristo, ¿de qué participamos? Pues precisamente de todo lo que es suyo: de su Sacerdocio, de su Realeza, de su Profecía.

38/2

EL CRISTIANO PARTICIPE DEL SACERDOCIO DE CRISTO.

En su carta a los Romanos (12,1) enseña San Pablo: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual."

Este es el inicio de nuestro sacerdocio bautismal, que no es otra cosa que nuestra participación con Cristo en su Sumo Sacerdocio. Y decimos que es "el inicio" de nuestro sacerdocio porque a más de la ofrenda de nuestros cuerpos, hemos de ofrecernos todos, enteros, con todo lo que es nuestra persona, y nuestros bienes, nuestros pensamientos y nuestros actos y afectos.

He aquí cómo el mismo Apóstol de las Gentes llevó a la práctica lo que recomendaba: "Porque Dios, a quien sirvo en mi espíritu predicando el Evangelio de su Hijo, me es testigo de cuán incesantemente me acuerdo de vosotros, rogándole siempre en mis oraciones..." (Rom.1,9-10)

Esta es la consagración por entero al servicio de Dios en la persona del prójimo: actuando y orando. Este es el sacerdocio de todo cristiano, nacido del Bautismo, el sacerdocio común que es participación del Sacerdocio Eterno de Cristo.

Otra descripción que nos hace San Pablo de su actividad conforme a su sacerdocio bautismal es esta: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia, de la cual he llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios, al Misterio escondido"

Cristo realizó la Redención, pero es necesaria nuestra aportación en su aplicación, sea en bien de nosotros mismos, sea para que tenga lugar en la persona de nuestros hermanos.

A este respecto el Concilio Vaticano II nos amonesta: "El Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo, hace partícipe a todo su Cuerpo Místico de la unción del Espíritu con que fué El ungido, pues en él todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio, ofrecen sacrificios espirituales a Dios por Jesucristo y pregonan las maravillas de Aquél que de las tinieblas los ha llamado a su luz admirable." Esto todo nos lo recuerda de la primera carta de San Pedro (2,5 y 9; 3,15).

EL CRISTIANO PARTICIPE DE LA REALEZA DE CRISTO.

En el Apocalipsis (5,9-10) hablando de Cristo: "Eres digno de

38/3 tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra." Y más antes exclama (1,6) "...y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre, a El la gloria y el poder por los siglos de los siglos."

Es la Iglesia, aquí militante, allá triunfante, la realización de la antigua promesa de Yahveh: "Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi Alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mi un reino de sacerdotes y una nación santa." (Ex. 19,5,6)

Nuestra realeza tiene el mismo origen que nuestro sacerdocio: la Realeza de Cristo. Una realeza semejante a la de Melquisedec: "Entonces Melquisedec, rey de Salem (posteriormente Jerusalén), presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, y le bendijo (a Abraham)..." (Gen.14,18)

Somos con Cristo reyes con una realeza extraña al mundo, pues no se trata de dominar para el propio goce, para imponer una voluntad, para poseer territorios, pueblos y dominarlos. No. El reinado de Cristo, nuestro reinado es:

* Un reino de servicio: "Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros; sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será el esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate de muchos." (Mc.10,42-44)

* Un reino de sacrificio y entrega, por ello dice aquí el Señor: "...sino a servir y dar la vida como rescate de muchos."

* Un reino de mansedumbre, esto es de sencillez y humildad contrastando la soberbia y jactancia del mundo: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra." (Mte. 5,4)

* Un reino de justicia: "Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos." (Mt.5,10)

* Un reino de amor, de perdón, de candor: "...Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos." (Mt.18,2)

* Un reino, con todo de trabajos, sufrimientos y renunciaciones: "El Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan." (Mt.11,12) Así, el Reino se establece a pesar de todos los obstáculos: entre los hombres y en el interior de cada hombre.

* Un reino, en fin, eterno y de gloria: (Ap.12,10-11) Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: "Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos le vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra de testimonio que dieron, porque no amaron su vida ante la muerte."

38/4

EL CRISTIANO PARTICIPE DE LA PROFECIA DE CRISTO.

La profecía de Cristo participada a los cristianos hunde su raíz en el mandato del Señor: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación..." (Mc.16,15).

Ante todo el profetismo de Cristo es realizado por el cristiano a través de su ejemplo ante el mundo: "Tened en medio de los gentiles una conducta ejemplar a fin de que, en lo mismo que os calumnian como malhechores, a la vista de vuestras buenas obras den gloria a Dios en el día de la Visita." (1 Pe.2,12)

Pero también es muy importante la palabra: "Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina." (2 Ti.4,2)

Las dos formas de profecía son del todo indispensables: "Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepromchablemente nos comportamos con vosotros, los creyentes. Como un padre a sus hijos, lo sabéis bien, a cada uno de vosotros os exhortábamos y alentábamos, conjurándoos a que viviéseis de una manera digna de Dios, que os ha llamado a su Reino y gloria." (1 Tes.2,10-12)

RESUMIENDO:

El que vive en gracia busca sin descanso la fuente de la gracia. Cristo es la Vida y de nuestra unión con El depende que vivamos. El Padre quiso que todo bien nos llegara por Jesucristo.

Jesús nos vivifica participándonos de todas sus riquezas.

Todas las riquezas de Cristo se sintetizan en su Sacerdocio, su Realeza y su Profetismo.

Por lo que participar de la Plenitud de Cristo es participar de su Sacerdocio, de su Realeza y de su Profetismo

REFLEXIONES PERSONALES:

De la sed que tengas de Dios y de las cosas de Dios sabes entender cuán cerca te encuentras de Dios.

Si tu vida es santa tu sacerdocio bautismal es pleno; sin la santidad interior no puedes santificar el exterior.

Reinar con Cristo en este mundo es encauzar las cosas temporales de modo que den gloria a Dios.

El Reino de Cristo en el mundo comienza dentro de nosotros mismos. Profetizar es dar testimonio con la palabra y el comportamiento.